



## LA CONTRADICCIÓN COMO CLAVE CONSTITUTIVA DE LA VIDA DE TORRES VILLARROEL

DAVID BECERRA MAYOR  
Universidad Autónoma de Madrid

Decía Marx, al hablar de Defoe y Rousseau, que “el individuo del siglo XVIII es producto de la disolución del feudalismo y de las fuerzas productivas que se venían desarrollando desde el siglo XVI” (Rodríguez Puértolas et. al. 436). En efecto, el siglo XVIII europeo, y el español no es una excepción a pesar de su idiosincrasia, representa el momento histórico en el que se exterioriza de forma más aguda la contradicción, o la coexistencia, entre una superestructura ideológica feudalizante, que sigue arrastrando los residuos del organicismo medieval (Rodríguez, 1990), y una infraestructura o base en la se ponen en funcionamiento las relaciones sociales de la burguesía incipiente<sup>1</sup>. La tensión, o la lucha, entre las estructuras emergentes y

<sup>1</sup>Un recorrido por las distintas fases de la política borbónica del siglo XVIII nos permite identificar los indicios del cambio auspiciado por el nuevo proyecto burgués en ciernes. Como apuntan los autores de la *Historia social de la literatura española*, los primeros borbones, Felipe V y su sucesor Fernando VI, “buscaron ministros hábiles, fomentaron la industria, el comercio, las academias científicas y fueron, también, mecenas de los escritores más encumbrados” (Rodríguez Puértolas et. al. 438). En efecto, un repaso por la cronología de la época, nos permite corroborar que en 1712, por ejemplo, se funda la Biblioteca Nacional y al año siguiente la Academia Española; en 1726 se publica el Diccionario de Autoridades y en 1735 se funda, asimismo, la Academia de Historia. Pero más relevante todavía que su contribución al ámbito cultural o el fomento de la industria, es el hecho de que la monarquía empezara a rodearse de “ministros hábiles”, lo que supone un progresivo descrédito hacia la ideología feudalizante de la sangre, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, como así lo indica una voz tan autorizada como Aguilar Piñal: “Si hasta el reinado de Fernando VI el dominio público de los nobles se mantuvo en el gobierno de la nación, con Carlos III las cosas empezaron a cambiar. Primero fueron los ministros italianos que el rey trajo consigo desde Nápoles, simples funcionarios después ennoblecidos, como Esquilache. Más tardé incorporó a los manteístas a los puestos de mayor importancia administrativa y judicial. Pero esta actitud no supuso un aburguesamiento o incluso modificación de la estructura social. La nueva burocracia pudo modernizar el Estado, pero no la sociedad” (Aguilar Piñal 39). En efecto, se acentúa desde el gobierno mismo de la nación el descrédito hacia el categorizador social feudalizante en virtud de las nuevas categorías burguesas como son los conocimientos técnicos y jurídicos. No obstante, como recuerda de nuevo la *Historia social*, una clase no desplaza a la otra, sino que ambas coexisten: “Aunque la política de los Borbones, particularmente la de Carlos III, tiende a disminuir el

residuales, entre una nobleza que se aferra a los categorizadores sociales de corte feudal, como es la herencia sanguínea, y una burguesía que, por medio del discurso ilustrado, reivindica un categorizador social basado en la razón, el mérito, el conocimiento y la técnica –instrumentos todos ellos que sirven como legitimador mistificado de unas relaciones sociales dominadas por el dinero (Eagleton 19)– van a marcar el devenir del siglo. En este sentido, el historiador francés Pierre Vilar sostenía, en el capítulo que dedica a la etapa contemporánea en su *Historia de España*, que en el siglo XVIII se habían producido los

... primeros esfuerzos por readaptarse al mundo moderno. Estos esfuerzos chocan con las fórmulas sociales y hábitos espirituales que hemos visto nacer con la Reconquista, fijarse con la Contrarreforma y fosilizarse con la “decadencia” [imperial]. (Vilar, 1974: 67)

En medio de estas tensiones se encuentra el individuo del siglo XVIII. Su ideología –o mejor: su inconsciente ideológico (Rodríguez "Teoría")– se conforma a través de elementos tanto residuales como emergentes y detectaremos en su discurso rasgos lo mismo feudalizantes como propiamente capitalistas. Al analizar la literatura del siglo XVIII, y en concreto la *Vida* de Torres Villarroel, observaremos el modo en que la contradicción entre unos elementos y otros determina la lógica interna de su literatura.

Porque en la contradicción se encuentra la clave constitutiva de su obra. La crítica literaria, en ocasiones, se ha acercado a la *Vida* de Torres Villarroel prescindiendo de su complejidad ideológica, que era fruto de un tiempo de transición histórica, como fue el lento pero firme paso –“la transición no es un paso”, que decía Vilar (1963: 56)– del feudalismo al capitalismo. Si la crítica literaria de corte más tradicionalista quiso ver en la *Vida* del escritor salmantino la imagen del asceta contrarreformista, del pícaro trasnochado, de un fósil del siglo XVII o la de un epígono barroco contrario a su propio tiempo, otro sector de la crítica, sin duda más moderno, con Juan Marichal y Eugenio Suárez-Galbán a la cabeza<sup>2</sup>, han

---

poder de la nobleza, sustituyéndola en el aparato del Estado por miembros de la burguesía, coexisten en el gobierno hombres de ideas tradicionales con otros de espíritu más emprendedor” (Rodríguez Puértolas et. al. 441). Basta recordar, para detectar la presencia feudalizante en las instituciones de gobierno, los autos inquisitoriales emprendidos contra Pablo de Olavide (1776) y Gaspar de Jovellanos (1778).

<sup>2</sup> *Vid.* Juan Marichal y Suárez-Galbán. Obsérvese, por lo demás, que los dos estudios que supusieron un cambio de rumbo en el análisis de la *Vida* de Torres Villarroel, fueron escritas desde las *afueras*. El primero de estos estudios, y aunque publicado en el interior de España, pero en una revista por algunos considerada aperturista a pesar de estar dirigida por el novelista reaccionario Camilo José Cela,

traído una imagen radicalmente distinta de Torres Villarroel, definiendo al salmantino como escritor burgués. Dos visiones claramente contrapuestas, pero no por ello excluyentes. Porque quizá Torres Villarroel no sea ni una cosa ni la otra y acaso sea ambas a la vez, debido a que su *Vida* se produce en pleno movimiento histórico y, por consiguiente, contiene, de forma acentuada y evidente, elementos de los dos sistemas en pugna en el inconsciente. La contradicción ideológica articula, por lo tanto, su discurso. De este modo, hacemos nuestras las palabras del hispanista francés Jacques Soubeyrou en las que subraya

... las profundas contradicciones ideológicas de un hombre, moderno (Suárez-Galbán dice “burgués”) en su voluntad de reconocimiento social, pero conservador en su apego a las estructuras sociales del Antiguo Régimen. Unas contradicciones que son finalmente bastante representativas de esa sociedad española del siglo XVIII. (Soubeyrou 216)

Seguidamente, se pasará al análisis del modo en que esas contradicciones se reproducen en el texto literario. Porque la *Vida* de Torres Villarroel constituye una expresión transparente de esta contradicción ideológica. El hecho de que este escritor burgués –sin privilegio de sangre, sin pasado– haya tenido la invención de venderse la vida –e insista, a lo largo de la obra, en que los motivos de su escritura se encuentran en la obtención de ganancia– no excluye que, en lo político, sea un reaccionario cuya meta no sea otra que ser reconocido y aceptado por las altas esferas de la nobleza española. La forma de contar su vida, por medio de silencios, mentiras, omisiones y tergiversaciones, tienen por objetivo proteger su vida privada –su intimidad recién descubierta– de sus detractores, a la vez que Torres se esmera en exhibir sus vergüenzas en el nuevo mercado literario capitalista para ganarse la vida. Una contradicción que, como se tratará de mostrar, funciona como clave constitutiva de su *Vida/vida*.

Para explicar cómo funcionan las contradicciones ideológicas en la *Vida* de Torres Villarroel, será preciso, en primer lugar, insertar el texto en sus concretas coordenadas históricas o, como decía Juan Carlos Rodríguez (“Teoría”), en su *radical historicidad*. Como es de sobra sabido, y no es preciso extendernos en ello aquí, que el desarrollo de las relaciones sociales del capitalismo trae consigo el nacimiento de la noción del “sujeto libre”. La

---

fue escrito desde la Cátedra de la Universidad de Harvard, que a la sazón ocupaba el discípulo de don Américo Castro, Juan Marichal. Por otro lado, la obra de Suárez-Galbán fue publicada por una editorial universitaria de los Estados Unidos. Fue necesario situarse fuera de los espacios ideológicos del casticismo hegemónico –dominantes en el ámbito académico del franquismo– para poner un poco de luz sobre asunto tan problemático.

descomposición del sistema de explotación feudal expulsa<sup>3</sup> al siervo –hasta el momento vinculado a la tierra y al amo– hacia la libertad y, una vez que se produce la disociación entre el individuo y el medio de producción, que en época feudal formaban un todo ontológico, el antiguo siervo no va a poseer nada más que su propia vida –*i.e.*, su fuerza de trabajo– para sobrevivir. En las nuevas relaciones mercantiles de la burguesía, el nuevo “sujeto libre” venderá su cuerpo, su fuerza de trabajo, su propia vida, a cambio de un salario (Marx 757ss). El precio que logre extraer de sí mismo dependerá de su astucia, de su talento, de su virtud, y de ello, su éxito –y la posición que habrá de ocupar– en la nueva sociedad capitalista que se está constituyendo.

Con las nuevas relaciones sociales de la burguesía, la vida privada se convierte en el instrumento mediante el cual poder extraer ganancia. Por ello, la intimidad no se protege, no se esconde bajo la máscara del pudor, sino que se exhibe en la nueva esfera pública mercantil para intercambiarla por dinero. Y esto es, precisamente, lo que se pone de manifiesto en la *Vida* de Diego de Torres Villarroel. Porque, ¿qué hace Torres Villarroel sino vender su propia vida/*Vida*? Torres Villarroel exterioriza de forma harto transparente la nueva lógica de lo privado cuando expone el motivo por el cual se atreve a “sacar mi vida a la vergüenza” (Torres Villarroel, 1984: 58) en el “Prólogo al lector” con el que abre el libro:

---

<sup>3</sup> Utilizo el verbo “expulsar”, cargado de connotaciones negativas, a propósito para representar este movimiento histórico. La transformación del siervo feudal en sujeto libre, una vez se ha producido la disociación entre medio de producción y trabajador inmediato, y se ha desligado de los lazos de protección feudal, hace que surjan “las primeras manifestaciones de soledad, angustia e inseguridad, al empezarse a sentir agudamente la alienación del ser humano con relación a la realidad exterior y a sí mismo” (Rodríguez Puértolas et. al. 98). La libertad se interpreta de forma negativa al concebirse en términos de abandono e inseguridad frente a la noción de protección y pertenencia que representaba el feudalismo. De esta forma describe este proceso el psicoanalista marxista alemán Erich Fromm: “El sistema social medieval quedó destruido y con él la estabilidad y la relativa seguridad que ofrecía al individuo (...). *El individuo fue dejado solo; todo dependía de su propio esfuerzo y no de la seguridad de su posición tradicional* (...) El capitalismo liberó al individuo. Liberó al hombre de la regimentación del sistema corporativo; le permitió elevarse por sí solo y tentar a la suerte. El individuo se convirtió en dueño de su destino: suyo sería el riesgo, suyo el beneficio. El esfuerzo individual podía conducirlo al éxito y a la independencia económica (...). Pero, a la vez, se había liberado de aquellos vínculos que le otorgaban seguridad y un sentimiento de pertenencia (...). El Paraíso ha sido perdido para siempre, el individuo está solo y enfrenta al mundo; es un extranjero abandonado en un mundo ilimitado y amenazador. La nueva libertad está destinada a crear un sentimiento profundo de inseguridad, de impotencia, de duda, de soledad y de angustia” (Fromm 79-80-82-83).

Dirás, últimamente, que porque no se me olvide ganar dinero, he salido con la invención de venderme la vida. Y yo diré que me haga buen provecho; y si te parece mal que yo gane mi vida con mi Vida, ahórcate, que a mí se me da muy poco de la tuya. (50)

Estas cuatro líneas demuestran que Torres acaba de descubrir el valor mercantil de la vida. Nuestro autor ha tomado conciencia de las nuevas relaciones de explotación que funcionan en la infraestructura social y decide insertarse en ellas. Como nuevo “sujeto libre”, no puede sino poner su vida en venta en las relaciones mercantiles de la burguesía. Pero lo que resulta interesante, por lo que tiene de contradictorio, es que acuda al campo semántico de la vergüenza para hablar de la publicación de su vida privada. No es extraño localizar en la obra alusiones del autor a este término. En el trozo V, por ejemplo, cuando saca a colación las distintas opiniones que versaron sobre su obra los lectores, transcribe que “unos afirmaban que era tener poca vergüenza y ruin respeto al mundo haberme arrojado a sacar a su plaza (...) las porquerías de mi ascendencia, las mezquindades de mi crianza y los disparatorios y locuras de mi disolución” (189). En efecto, así se debía concebir desde la reacción ideológica del organicismo feudal, pero no desde la ideología burguesa que interpreta la vida privada no como sinónimo de vergüenza sino como el instrumento que posibilita la ascensión social. El hecho de que Torres establezca la asociación vida/vergüenza no puede ser entendido sino como un residuo ideológico feudal.

Pero lo relevante en este caso –debido a que es de literatura de lo que estamos hablando– es que Torres Villarroel vende su vida en forma de libro. Y la cuestión no es baladí porque con ello Torres provoca la inserción definitiva del libro en las nuevas relaciones de mercado capitalistas. De este modo, Iris M. Zavala apunta que

... nuestro famoso Piscator de Salamanca supo convertir la literatura en bien de consumo, aprovechándose con fines puramente económicos. Cuanto desea –repite– es ganarse la vida, trabajar; aseveraciones así y otras del mismo aire revelan que el afán de lucro es la fuerza motriz en su profesión de autor. (Zavala 207)

Juan Marichal, en su clásico artículo titulado “Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo”, considera este rasgo del carácter del escritor salmantino como propio de la mentalidad burguesa. Dice así su texto:

La mentalidad burguesa se caracteriza también por su actitud ante los objetos: al burgués sólo le interesan los objetos vendibles o comprables (...). Y así el burgués escritor considera lógicamente sus libros como objetos vendibles o al menos mercables. Esta actitud ante el libro, ante el propio objeto-libro, aparece en muchísimos escritores del siglo XVIII,

pero quizá en ninguno tan claramente como en Torres Villarroel (...) porque dudo mucho que en todo el siglo XVIII haya un escritor que haya sabido vender su tiempo y escribir libros como objetos vendibles mejor que Torres Villarroel. (Marichal 300)

En efecto, el propio Torres, a lo largo de su obra –y no sólo de su *Vida*–, va a repetir insistentemente que uno de los motivos que le ha llevado al ejercicio de la literatura es, precisamente, “juntar moneda” (Torres Villarroel, 1984: 143), como dice en el trozo IV. En el trozo I, por ejemplo, afirma que “todos los [libros] los he escrito con el ansia de ganar dinero para mantenerme” (71) y en el trozo III, tras hacer balance de su haber, reconoce que “en veinte años de escritor he percibido a más de dos mil ducados cada año” (102). En el prólogo del trozo V tampoco se le olvida reconocer que el móvil de su escritura es el dinero:

Díceme que pudiera dejar de escribir; y es verdad que puedo; pero no quiero, que así paso muy buena vida, con sobrada comodidad, con quietud, con esparcimiento, sin sujeción, sin peligros, sin petardos, sin deudas, sin pretensiones, sin ceremonias y sin el más leve deseo hacia las dignidades ni a las abundancias; además que a mí ninguno me da nada porque esté callado y silencioso, y me lo dan cuando hablo y escribo. (183)

Y una vez iniciado el quinto trozo, comenta Torres que “los papeles impresos de mi alcuernia, mi vida y mis quijotadas (...) me dejaron tantos reales, que aseguré en ellos, para más de un año, la olla, el vestido y los zapatos de mi larga familia” (188).

La insistencia con que Torres Villarroel asocia la literatura con el dinero traspasa los márgenes de su *Vida*. El motivo monetario de su escritura es un tema recurrente en su literatura. Por ejemplo, en *Juicio nacido en casa de la locura*, el escritor salmantino afirma que “lo que importa es que suelten ustedes [los lectores] el metal” (Torres Villarroel, 2009a: 354), en clara alusión al dinero. En el prólogo al *Correo de este mundo* apunta que “yo escribo porque no tengo dinero ni donde sacarlo para vestirme yo, y mantener a mis viejos padres” (*Apud* Mercadier, 1984: 26). En sus *Visiones y visitas* recuerda que “yo no salía al público a descubrir ingenio, a ganar fama ni a negociar aplausos, que sólo pretendía acallar los gritos de mi pobreza y socorrer la de mis viejos padres” (Torres Villarroel, 2009b: 357). Por su lado, en *Sacudimiento de mentecatos habidos y por haber*, Torres insiste en que “yo no escribo para ganar fama, enseñar, ni entretener (¡ya!), sino sólo por dos causas, que son cuando no tengo dinero, y cuando me da la gana” (Torres Villarroel, 2009c: 351). En efecto, como sostiene Iris M. Zavala, “no se trataba de enseñar (...) sino de comer” y “sus divertidos negocios estaban encaminados a aumentar la bolsa” (201). En este sentido, resultan muy oportunas las palabras de Margarita O’Byrne, que sostiene que “la utilidad de la escritura” de Torres Villarroel “se mide en términos de dinero y fama,

no de servicio cívico, y el valor del escritor, por medio de los bienes y comodidades que sus ganancias le proporcionan” (34).

Como se ha podido comprobar, Diego de Torres Villarroel no tiene ningún reparo en afirmar que el fin último de su literatura no es otro que enriquecerse. Pero dejemos por el momento los dichos y vayamos a los hechos. Porque Torres además de ser uno de los escritores más ingeniosos del siglo XVIII puede contar en su haber la transformación de la literatura en objeto de consumo. Pues la *Vida* de Torres Villarroel “representa uno de los primeros ejemplos de literatura por entregas de la España moderna” (Rodríguez Puértolas et. al. 448) tras descubrir su autor, en 1752, al iniciar la edición de sus obras completas, “las ventajas económicas de la venta por suscripción” (451). De forma parecida, Guy Mercadier sostiene que “el verdadero golpe de genio literario de Torres reside sin duda en que comprendió muy pronto todo el partido personal que podía sacar de una publicación anual” (Mercadier, 2009: 98). La técnica de la suscripción supone la reproducción de las relaciones sociales de la burguesía en el ámbito de la literatura, porque del mismo modo en que el siervo feudal se libera de la protección de su amo con el desarrollo del primer capitalismo, el escritor logra liberarse de la protección del mecenas por medio de la técnica de la suscripción. De este modo, Leslie Stephen, biógrafo del poeta inglés Alexander Pope, considerado el inventor del método de la suscripción, afirmó que “el tradicional mecenazgo individual quedaba reemplazado por un accionariado de patronazgo colectivo” (*Apud* Eagleton 34). La emancipación del escritor de la protección del mecenas conlleva la incipiente profesionalización de la literatura, como así lo afirma Terry Eagleton:

... con el crecimiento de la riqueza, la publicación y la educación, los avances tecnológicos en la imprenta y la edición, y la expansión de una clase media ávida de literatura, el exiguo número de lectores (...) se estaba multiplicando para sostener a toda una casta de escritores profesionales. (35)

De un modo parecido lo dirá un siglo después el novelista francés Émile Zola en un artículo titulado precisamente “El dinero en la literatura”, publicado en 1880. Zola afirma en su texto que “el dinero (...) ha librado al escritor de toda protección humillante, lo que ha hecho del antiguo saltimbanqui de la corte, del antiguo bufón de antecámara, un ciudadano libre, un hombre que sólo depende de sí mismo” (Zola 171). La relación autor/lector asimismo se transforma al pasar este último a convertirse en un elemento de una gran red clientelar. La producción literaria de Torres Villarroel reconoce el modo en que el mercado capitalista modifica de raíz la relación que establecen los autores con sus lectores, e inaugura la imagen moderna –o burguesa– del escritor *libre* que ya no se debe a la humillante protección del mecenas sino al lector que compra libremente sus libros.

Sin embargo, este hijo de libreros que concibe su obra como bien de consumo, que moderniza o profesionaliza la literatura, demuestra una gran aversión hacia los libros –y he aquí una interesante contradicción– desde una concepción organicista. Recordemos, en el trozo I de su *Vida*, el episodio en el que Torres clasifica los libros en tres categorías: buenos, malos e inútiles. Considera buenos libros aquellos que reflejen la verdad celestial y, en consecuencia, dirijan “las almas a la salvación, por medio de los preceptos de enfrentar nuestros vicios y pasiones” (Torres Villarroel, 1984: 71-72). Los malos, por su lado, son “los que llevan el tiempo sin la enseñanza ni los avisos de esta utilidad” (72), mientras que los inútiles –dice Torres, mostrando un gran desprecio por la noción ilustrada de conocimiento– son “los más de todas las que se llaman facultades” (72). Por lo tanto: la bondad/maldad de los libros depende, desde una lógica claramente organicista, de su capacidad de salvación y corrección de las almas. Y concluye diciendo que hace tiempo que “derrengué de los cuerpos”. Esta asociación cuerpo/libro, que nos remite de inmediato al escrutinio cervantino del capítulo VI de *El Quijote* de 1605, reproduce la lógica de la reacción organicista al considerar como cuerpo –y por consiguiente como elemento que lleva dentro de sí, inevitablemente, la condición de corrupto– a todo libro que no se ajuste a la verdad celestial escrita en el Libro de Dios (Becerra Mayor, 2009: 17ss). Curiosa contradicción que ofrece muchas pistas sobre la ideología de nuestro autor.

Pero Torres Villarroel, de forma igualmente insistente y casi obsesiva, nos indica a lo largo de su *Vida*, que existe otro motivo que le ha impulsado a hacer públicas sus vergüenzas; y este no es otro que “por vida mía, que se ha de saber quién soy” (Torres Villarroel, 1984: 57). Torres se muestra continuamente preocupado por el hecho de que la imagen que proyecta en el ámbito público no se corresponda con lo que en realidad es. Por ello, escribe su *Vida* para ofrecer la perspectiva justa y para tratar de huir del falso retrato que construyen quienes tratan de desacreditarle. Las referencias a los satíricos y a los falsos historiadores son constantes en su obra. Dice, por ejemplo, en la “Introducción” de su *Vida*:

... temo que por la codicia de ganar cuatro ochavos, salga algún tonto, levantando nuevas maldiciones y embutes a mi sangre, a mi flema y a mi cólera. Quiero adelantarme a su agonía, y hacerme el mal que pueda, que por la propia mano son más tolerables los azotes. Y finalmente, si mi vida ha de valer dinero, más vale que lo tome yo que no otro. (58)

En primer lugar, se trasluce de sus palabras que Torres –que como hemos visto es todo un experto en la relación literatura/mercado– se opone a que se enriquezcan a su costa, esto es, a que *otro* pueda extraer *valor* de su vida. Por ello se adelanta a los codiciosos que piensen en beneficiarse económicamente sacando a la luz pública los entresijos de su vida. Será el mismo Torres, y no algunos de “los satíricos de estos tiempos” (97) ni sus



“enemigos” ni los “maldicientes que han cacareado otras causas” (115), quien publique sus vergüenzas, sus miserias, sus aventuras y majaderías. Es la única forma de garantizar la veracidad de los hechos y de desmentir a quien trate de tergiversarlos interesadamente. Además, si obedecemos a las palabras de Torres, la narración de su *Vida* no tratará de edulcorar ciertos pasajes de su biografía que, aunque le hagan mal, también se harán públicos. No esperará Torres a que nadie le critique y será él quien se azote por medio de la autocrítica. Una autocrítica que, sin embargo, y como sugiere Suárez-Galbán, no es más que una estrategia diseñada por el autor para dirigir al lector a hacia una lectura apologética:

No sólo se adelanta Torres a sus enemigos al autocríticarse (...) sino que, además, se las arregla para prejuiciar al lector y ganarle con su humor y tramoyar, hasta el punto de que estemos dispuestos a consentirle con nuestra risa y admiración esta autocrítica apologética que tan poco tiene de objetividad. (Suárez-Galbán 63)

Por lo tanto, el hecho de que Torres Villarroel afeara su vida, como así lo había señalado García Boiza, su único biógrafo contemporáneo, no conduce, como creía Juan Marichal, a la exteriorización del sentimiento trágico de la vida por medio de la bufonada (Marichal 304ss), lo que definiría el “hispanico modo” de esta “autobiografía burguesa”, sino, y muy al contrario, a preparar el terreno apologético del propio personaje.

Sea como fuere, Torres Villarroel activa con la publicación de su *Vida* un mecanismo de defensa contra aquellos que le increpan en la plaza pública. De este modo expone las razones de su escritura –nuevamente– en el “Prólogo” del trozo V:

La primera fue estorbar a un tropel de ingenios hambreones, presumidos y desesperados, que saliesen a la plaza del mundo a darme en los hocicos o en la calavera con una vida cuajada de sucesos ridículos, malmetiendo a mis costumbres con las de Pedro Ponce, el hermano de Juan y otros embusteros y forajidos de esta casta. La segunda, desmentir con mis verdades las acusaciones, las bastardas novelas y los cuentos mentiroso que se voceaban de mí en las cocinas, calles y tabernas, entresacadas de quinientos pliegos de maldiciones y sátiras que corren a cuatro pies por el mundo, impresas sin licencia de Dios ni de rey, y añadidas de las bocas de los truhanes, ociosos y noveleros. (Torres Villarroel, 1984: 180)

Con estos párrafos, que acompañan al grito de “por vida mía, que se ha de saber quién soy”, Torres Villarroel ha descubierto que, en las nuevas relaciones sociales de la burguesía, lo que legitima la posición del individuo –sujeto libre– en la sociedad emergente es la nueva dicotomía privado/público (Rodríguez, 1990 y 2001). En el feudalismo, la vida privada no existía y lo que categorizaba al individuo dentro de las estructuras de clase era su carácter público: en una sociedad transparente como era la

feudal no había ni un atisbo de duda sobre quién era quién en la esfera pública ni qué trato debía recibir cada individuo. En las relaciones del nuevo capitalismo, la posición del individuo en la sociedad viene legitimada por el ámbito privado, por su vida privada, en relación con la rentabilidad que de ella pueda extraer en la nueva esfera pública dominada por el mercado. Por ello, Torres Villarroel va a aparecer constantemente preocupado por el qué dirán y la maledicencia. El escritor burgués, o mejor: el escritor propietario, debe defender su nombre, su marca, porque de la buena o mala imagen que proyecte en el ámbito público depende el mucho o poco beneficio que pueda obtener de su negocio.

La vida se interpreta en términos de propiedad y ganancia; por esta razón Torres, a la vez que la exhibe –la vende– trata de protegerla para que nadie se la apropie ni rebaje su valor en el mercado literario de la burguesía por medio de una publicidad negativa. Torres Villarroel no tiene ningún pudor en desnudarse –en sentido figurado– ante el lector porque para él la vida –a pesar de arrastrar en algunas ocasiones la terminología feudal– no supone ninguna vergüenza; bien al contrario, se siente orgulloso de ella pues representa la fuente de sus ingresos. No obstante, para no desvalorar su vida en la nueva esfera pública mercantil, Torres oculta y tergiversa algunos episodios de su biografía. Pero no es el pudor lo que impulsa a nuestro autor a velar algunos pasajes de su vida, sino la lógica del beneficio que actúa en su inconsciente ideológico. Torres oculta las taras de su vida para no devaluarse en el mercado. Este es el motivo por el que a lo largo de su *Vida* Torres mienta tanto. Y así lo justifica él mismo: “Mi vida ahora es mía, y puedo hacer con ella los visajes y transformaciones que me hagan al gusto y a la comodidad” (Torres Villarroel, 1984: 58); aunque en otras páginas defiende, contrariamente, la autenticidad de su texto frente a las variantes que introducen las habladurías de los murmuradores (57ss)<sup>4</sup>. En este sentido, Mercadier señala que

... somos invitados a leer la *Vida* según un doble registro: entre la afirmación del derecho a retocar el autorretrato según su propio gusto (...) y la otra, no menos clara, de una voluntad de darse a conocer bajo la luz de la autenticidad. (Mercadier, 2009: 232)

Y más adelante, dice el propio Mercadier que “tantas veces ha jugado Diego y declarado que mentía, que ya no se sabe en qué momento dice la verdad” (293). Torres proporciona una imagen de sí mismo probablemente distorsionada. Pero, independientemente de si lo que cuenta es verdadero o

---

<sup>4</sup> En estas páginas, nuestro autor sostiene que sólo él puede narrar “con más verdad y menos injusticia” su propia vida; del mismo modo, se define como “hombre claro y verdadero”.

falso –cosa que no nos interesa ahora–, más relevante resultan sus silencios, sus omisiones, las elipsis voluntarias de su narración. Piénsese, por ejemplo, en el episodio en el que nuestro protagonista abandona la localidad portuguesa de Coimbra. Tras ocho meses dedicándose a la medicina empírica y a la danza, con lo que llega a “juntar algunas monedas de oro, buenas camisas y un par de vestidos que me engalanaban” (Torres Villarroel, 1984: 93), se ve con la obligación de abandonar la ciudad:

La ridícula historia de unos indiscretos celos de un destemplado portugués, cuya infame sospecha es digna de que se quede enterrada en el silencio y en el olvido, me obligó a dejar Coimbra y tomar seguridad en la ciudad de Oporto, adonde me mantuve gastando en figura de caballero lo que había ganado en ocho meses a hacer cabriolas con los pies y las manos. (93-94)

¿Qué sucedió en Coimbra? ¿Por qué tuvo que abandonar la ciudad así, repentinamente? ¿Por qué no lo cuenta? ¿Por qué se calla Torres precisamente ahora? Diego de Torres, que se jacta de contar la verdad en su *Vida*, que afirma y repite que a lo largo de su libro va a exponer todas sus aventuras y majaderías, decide, en este momento de la narración, permanecer callado, enterrar en el olvido uno de los sucesos posiblemente más interesantes. ¿A qué se debe, de pronto, este silencio? Estas y otras preguntas se las debieron formular sus lectores contemporáneos y asimismo nos las tenemos que formular nosotros ahora. ¿Por qué Torres omite esa “ridícula historia”?

Pero este no es un ejemplo aislado, y es posible encontrar a lo largo de la *Vida* de Torres otros casos como el acabamos de exponer. Véase también, en el tercer trozo, el episodio en el que se refiere a la fundación del Colegio del Cuerno. Tras citar su fundación y comentar que eran múltiples sus travesuras y extravagancias, decide Torres que no es pertinente trasladarle al público tales locuras. Dice así el párrafo:

... afligido de ver a mis padres en desdichada miseria (...) determiné dejar para siempre a Salamanca, y buscar en Madrid mejor opinión, más quietud y el remedio de para la pobreza de mi casa. Omito referir la fundación y extravagancias del Colegio del Cuerno, porque no son para puestas al público tales locuras. Sólo diré que esta ridícula travesura dio que reír en Salamanca y fuera de ella, porque los colegiales eran diez o doce mozos escogidos, ingeniosos, traviesos y dedicados a toda huelga y habilidad. Los estatutos de esta agudísima congregación están impresos. El que los pueda descubrir tendrá que admirar, porque sus ordenanzas, aunque poco prudentes, son útiles, entretenidas y graciosas. (120-121)

Torres vuelve a juzgar de nuevo impertinente un pasaje de su biografía y decide omitirlo de su *Vida*. Pero, ¿por qué priva al lector de esta historia que, aunque tildada de ridícula, es asimismo descrita como útil, graciosa y

entretenida? Ciertamente, estas elipsis dicen más de lo que callan. Porque tras ellas se intuye un Torres Villarroel obsesionado por la publicidad de su vida, por la imagen que sus actos, pasados y presentes, proyectan en la nueva esfera pública, un Torres Villarroel que tiene muy medido todo lo que cuenta y todo lo que calla, un Torres Villarroel que pretende construirse una vida a medida.

Pero no sólo se calla Torres en lo relativo a su persona; también guarda silencio, en ocasiones, en lo que se refiere a sus compañeros de viaje:

Acompañábanme a estas picardigüelas unos amigos forasteros y un confidente de mi propio paño, tan revoltosos, maniáticos y atrevidos los unos como los otros. Callo sus nombres, porque ya están tan enmendados que unos se sacrificaran a ser obispos y otros a consejeros de Castilla, y no les puede hacer buena sombra la crianza que tuvieron conmigo treinta años ha. (83)

Se observa a través de los silencios y las omisiones, que Torres está construyendo su vida a su antojo, como de hecho él ha habido indicado anteriormente, decidiendo en qué momento es favorable hacer uso de las tijeras y cortar algún suceso que pudiera salpicar la imagen de vida que nos está pintando. En este sentido, Mercadier acierta al afirmar que “leer la obra de Torres equivale en cierto modo a recorrer una inagotable galería de máscaras” (Mercadier, 2009: 275).

Pero, ¿por qué esas máscaras? En la *Vida* de Diego de Torres Villarroel funciona la dialéctica entre la exhibición y el ocultamiento. A la vez que nuestro autor se exhibe en la esfera pública con la intención de, por un lado, obtener beneficio y, por otro, de mostrarse al mundo tal cual es, Torres se esconde bajo un caparazón de omisiones, mentiras y medias verdades. Este nuevo sujeto libre que es Torres Villarroel, que ha venido con la invención de venderse la vida y que afirma que escribe su biografía porque “por vida mía, que se ha de saber quién soy”, es muy consciente de dónde se encuentra el límite entre aquello que debe ser contado, exhibido, y aquello que se debe proteger bajo llave, que nunca nadie deberá conocer jamás.

Por otro lado, y para seguir avanzando en el análisis de las contradicciones ideológicas en el interior de la *Vida* de Torres Villarroel, hay que observar de qué modo se posiciona nuestro autor frente a los distintos categorizadores sociales –residuales o emergentes– de su época. En la lucha de la burguesía por la hegemonía contra el sistema de explotación feudal, se empiezan a constituir nuevos categorizadores sociales para hacer frente a la perpetuación de la clase nobiliaria feudalizante en la superestructura política. Torres, que personifica a la burguesía en esta pugna por el poder, arremete –en un primer momento– contra el categorizador social del feudalismo nobiliario, la sangre, oponiendo al linaje el mérito. En la primera parte del trozo I, titulado “Ascendencia”, Torres describe su linaje, sacando a colación “lo más humilde” y “asqueroso de mi generación”

y afirmando no ser “hidalgo ni caballero, sino villanchón redondo, según se reconoce por los cuatro costados que he descosido al sayo de mi alcurnia” (Torres Villarroel: 67-68). A continuación, una vez ha mostrado sin pudor su origen humilde, sin ocultar nada ni avergonzarse en absoluto de ello, dice lo que sigue:

Otros, con tan malos y peores abuelos como los que me han tocado, viven triunfantes, poderosos y temidos; y muchos de los que tienen sus *raíces en los tronos*, andan infames, pobres, despreciados. Lo que aprovecha es tener *buenas costumbres*, que éstas valen más que los *buenos parientes* (...) Los *abuelos ricos*, suelen valer más que *los nobles*; pero ni de uno ni de otros necesita el que acostumbra a honrados pensamiento y virtuosas hazañas. Un *cristiano viejo*, sano, robusto, lego y de buen humor es el que debe desear para abuelo el hombre desengañado de estas fantasmas de la soberbia; que sea procurador, abujetero o boticario, todo es droga. Yo, finalmente, estoy muy contento con el mío, y he sido tan dichoso con mis pícaros parientes, que, a la hora que esto escribo, a ninguno han ahorcado ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia, de modo alguno, la obediencia del rey, a la ley y a las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines, pero hombres de bien, y hemos *ganado la vida* con *oficios decentes*, limpios de hurtos, petardos y picardías. Esta *descendencia* me ha dado Dios, y ésta es la que me conviene y me importa. (68. La cursiva es nuestra)

Como se puede apreciar, el párrafo no tiene desperdicio. En primer lugar, resulta interesante la descripción que ofrece Torres de la nueva sociedad, donde la posesión del poder y la posibilidad de éxito no dependen de la descendencia, como así lo demuestra el hecho de que tener ascendencia regia –“raíces en los tronos”– no garantiza riqueza. El *status* de clase, por consiguiente, ya no lo determina la sangre. Por otro lado, debe notarse la oposición que apunta el texto entre las “buenas costumbres” y los “buenos parientes”, de lo que se infiere que don Diego parece reivindicar la noción de mérito individual, propio de la ideología burguesa, en detrimento del linaje, de la herencia sanguínea del organicismo feudal. Del mismo modo, en la nueva dicotomía que propone el texto, Torres Villarroel se decanta por el abuelo “rico” antes que por el “noble” dinamitando por completo la ideología sanguínea, aunque añadiendo a continuación y reafirmandose como sujeto libre, que ni a uno ni a otro habrá que acudir quien, en las nuevas relaciones sociales capitalistas, sepa vender su fuerza de trabajo o, citando la letra, sus “honrados pensamientos” y sus “virtuosas hazañas”: el individuo ratifica su independencia. Hasta aquí se localiza, de forma muy transparente, la ideología que emerge de la infraestructura social capitalista. Pero tras el punto y seguido se detecta una interferencia al introducir el autor una noción propia del casticismo ideológico como es la de “cristiano viejo”. Aunque, según parece, no se trata tanto de un residuo o de una reminiscencia ideológica feudal, sino más bien una provocación:

asociar al cristiano o castellano viejo, que por oficio gozaba del privilegio de recibir trato de nobleza, con el trabajo de procurador o boticario, o aun con la vida de sus "pícaros parientes", no podía sino leerse como un desafío al casticismo dominante<sup>5</sup>.

El final del párrafo es, asimismo, controvertido. Leemos en él que Torres vuelve a traer sobre la página la idea de las buenas costumbres y del oficio decente, como categorías opuestas al linaje, en correspondencia con la ideología burguesa. Guy Mercadier ha puesto énfasis en la solidaridad con la estirpe que imprime Villarroel en estas líneas, en las que el autor/protagonista se identifica con unos antepasados que, como él, han sido ruines pero limpios y decentes. De este modo, sostiene Mercadier, oponiéndose a las tesis que por ejemplo defiende Suárez-Galbán, que "Diego no es tan independiente de sus antepasados [y] el *nosotros* de esta declaración es una prueba cierta" (Mercadier, 2009: 242). Bien. Pero es preciso matizar que, sin negar del todo lo que apunta Mercadier, la identificación no tiene por qué implicar dependencia; y, en este caso en concreto, no lo implica: Torres Villarroel es, de todos modos, económicamente independiente.

En definitiva, en el capítulo sobre su "Ascendencia", Torres se enfrenta a la ideología del organicismo feudal que establecía una división entre los hombres de buen linaje y aquéllos que carecían de él. Más adelante, aunque todavía sin salir de este primer trozo, su inconsciente ideológico, que en ocasiones se manifiesta de forma muy transparente, le impulsa a pronunciar –y a reafirmar– el ideologema burgués sobre la igualdad esencial de todos los hombres al defender que "nuestra raza no es más que una; todos nos derivamos de Adán" (Torres Villarroel, 1984: 67). Esto es: Torres acaba de aniquilar, por medio de la ideología adanista, la distinción de cuna –de nacimiento, de sangre– instaurada por el sistema de explotación feudal.

No obstante, resulta de interés contrastar lo dicho por Torres en este primer trozo de su *Vida* con otros comentarios acerca del linaje que se encuentran en otros pasajes de su "autobiografía". En el quinto trozo el discurso parece variar ligeramente. Pero antes de pasar al análisis, recuérdese –y no cometamos el error que se viene cometiendo incluso en nuestros días de analizar la *Vida* como un conjunto unitario– que el trozo V

---

<sup>5</sup> Esta provocación, por medio de la asociación entre un elemento de la ideología casticista y otro considerado por la misma como corrupto o impuro, es frecuente en la literatura de la "Edad conflictiva". Piénsese, por ejemplo, en *La pícaro Justina*, cuyo protagonista a la vez que dedica gran parte de la obra a exhibir su impureza de sangre, se define igualmente como "montañesa" y, por extensión, como hidalga. El estado de nobleza, que en el marco del organicismo feudal era exclusivo de quienes demostraran su limpieza de sangre, es revocado por la pícaro al ponerlo en relación con su abolengo (Becerra Mayor, 2011).

de la *Vida* no se publica hasta diez años después de los cuatro primeros trozos. Y, en tanto que se produce en un tiempo distinto, tendrán que aparecer variantes ideológicas entre un texto y otro. Porque, si anteriormente Torres legitimaba el mérito individual por encima de la sangre, en 1752, año de publicación del quinto trozo, va a arremeter contra aquellos que, con el fin de recibir títulos y tratos de nobleza, ocultan su pasado. Dice así don Diego:

Locura muy vieja y aun maña incurable es ésta (...) [de] ponerse a una ociosidad diferente del oficio que tuvieron sus padres, se estiman y se creen de la alcurnia de los centuriones, y hunden y entierran de tan buena gana a sus parientes, que ni el nombre, la memoria ni el paradero de alguno de ellos quieren que salga a sol ni a sombra; y si alguna vez dicen que tuvieron abuelos, los ponen en la noticia de las gentes con otra carne, con otra ropa, con otro oficio y con otras costumbres muy distantes de las que tuvieron al nacer, al vivir y al finalizar la vida. (Torres Villarreal, 1984: 191)

Mientras que él, orgulloso de sus antepasados, nos recuerda de qué modo se ha comportado al redactar su *Vida*:

... les mostré las camisas de mis antepasados y presentes con gran vanidad mía, porque conozco con mucha evidencia que (...) puedo desafiar a limpieza de sucesiones a más de medio mundo y, especialmente, a todos los que al tiempo del nacer nos hallamos en la tierra sin posesiones, casas ni otros títulos (...) Si yo fuera hombre que tuviera razón para aconsejar y algún juicio para instruir, diría a mis lectores que por ningún caso ni en ningún tiempo escondan a sus padres ni nieguen sus abuelos, por pobres y desventurados que sean, porque es mucho menos penosa la vergüenza que pasa el espíritu en confesarlos desde luego, que la que produce el temor sólo de que los descubra y los pregone. (191-192)

Para la lógica burguesa del sujeto libre, el pasado no importa, porque no determina la posición social del individuo, como así parecía exteriorizarlo Torres en el primer trozo de su *Vida*. Ahora, sin embargo, el pasado adquiere una relevancia en su discurso y arremete el autor contra los nuevos sujetos libres que lo ocultan o lo inventan para medrar. Parece que las cosas han cambiado en el tiempo que ha transcurrido entre la redacción de los cuatro primeros trozos y la publicación de este último. En efecto, en la segunda mitad del siglo, y será durante el reinado de Carlos III cuando se alcanzará el punto álgido, se acentúa una política de ennoblecimiento con la que pasarán a ocupar cargos en el gobierno sujetos libres “sin pasado” (*Cfr.* nota 1). La coyuntura política agudiza las contradicciones. Torres que en 1742 defendía, como buen burgués, el mérito individual como instrumento de movilidad social, en 1752, momento en que ya ha obtenido su anhelado

reconocimiento social y se relaciona con los grandes de España, observa las medidas borbónicas de ennoblecimiento como una amenaza para aquellos que, como él, tienen el privilegio de poseer un pasado limpio y libre de toda mancha.

No obstante, y aunque en el tramo final de su vida/*Vida*, Torres Villarroel exteriorice la ideología feudalizante, renegando de su origen de clase, nos es dado a observar que nuestro autor representa la imagen del *self made man* de la burguesía, un hombre hecho a sí mismo, que ha sabido medrar en la sociedad por méritos propios. De igual modo, Juan Marichal considera que la *Vida* de don Diego de Torres Villarroel “corresponde en la historia social al ascenso de la burguesía” en el momento histórico en que esta “clase social rompe a hablar” (Marichal 299). De forma parecida, Russell P. Sebold apunta lo que sigue:

Con la *Vida* de Villarroel, sale por primera vez en español un libro en el que un hombre de la clase media se considera precisamente por pertenecer a tal clase y por haber tenido que bregar con los mismos problemas prosaicos que los demás hombres de clase media. Con la aparición de la *Vida* de Villarroel, la burguesía, con su nueva conciencia social, entra a jugar un papel importante en la literatura española. (Sebold 111)

Y añade que “la figura de Villarroel se presenta de tal modo que él se convierte, por decirlo así, en el delegado o representante de todos los hombres de su clase social en su momento histórico” (114). Por su lado, Manuel María Pérez López insiste y refuerza la misma idea:

Es una individualidad poderosa consciente de sí misma que, superando los condicionamientos de su origen y venciendo una larga cadena de obstáculos, se ha ganado un lugar al sol de la sociedad por méritos propios y caminos inusuales, ajenos a las vías de sumisión previstas por el sistema por los disconformes con su destino originario. (Pérez López, 2005: 910)

Y más adelante:

Diego de Torres, hijo de un humilde librero salmantino arruinado por la Guerra de Sucesión; un hombre que se rebeló contra su destino de pobreza y servidumbre y que encontró en la escritura su instrumento de rebeldía, al servicio de un moderno, y entonces heterodoxo, proyecto de felicidad individual, mundana, existencial; un ser plenamente consciente de la dignidad y el valor de la pura individualidad, que reclama el derecho del hombre corriente a trazar su camino y a lograr y gozar la plenitud de su propia existencia: la meta vital de un hombre nuevo, alumbrado por una realidad histórica en transformación. (913)

Esto es, un sujeto libre que ha sabido venderse en las nuevas relaciones de explotación del capitalismo y con ello obtener reconocimiento y fama,



ascender socialmente, en una sociedad que ha derrumbado las sólidas e infranqueables barreras sociales del feudalismo.

Pero hay que insistir y remarcar, por lo que tiene de contradictorio, que este sujeto libre que tiene la invención de venderse la vida, que algunos han descrito como “hombre que surge en todo periodo y que cumple la misión histórica de preparar, al preludiar, el periodo inmediatamente posterior al suyo” (Suárez-Galbán 149), es, contrariamente, en lo político, un reaccionario contrarreformista muy bien relacionado con las altas esferas nobiliarias. El propio Torres, en gran parte de su obra, se dedica a enumerar a los excelentísimos señores con los que se rodea. Dice así en el trozo IV:

Los duques, los condes, los marqueses, los ministros y las más personas de la sublime, mediana y abatida esfera, me distinguen, me honran y me buscan, manifestando con sus solicitudes y expresiones el singular asiento que me dan en su estimación y su memoria. No he tocado puerta en la corte ni en otro pueblo que no me la hayan abierto con agasajo y alegría. (Torres Villarroel, 1984: 170)

Y a continuación:

Guardo con especial veneración, respeto y confusión mía, las cartas y la correspondencia con algunos cardenales, arzobispos, obispos, duquesas, duques, generales de las religiones y otros príncipes y personas de la primera altura y soberanía. Éstas son las alhajas y preciosidades que venero especialísimamente, y las que mandaré a mis herederos que muestren y vinculen por única memoria de mi felicidad y para testigos del honor que sabe dar el mundo a los desventurados que procuran vivir con desinterés, abatimiento de sí mismos y respeto a todos. (171)

En el trozo V, por su lado, Torres ofrece una relación de nombres de los representantes de clase nobiliaria que le reconocen y le aceptan. De este modo, aparecen en escena el “excelentísimo señor marqués de la Ensenada”, “los excelentísimos señores duque de Huéscar y marqués de Coria”, “los excelentísimos señores de Medinasidonia, Veraguas, Miranda y otros” y, por último, “los ilustrísimos señores obispos de España” (222). En este sentido, Jacques Soubeyroux se atreve a afirmar que “Torres no resultaba tan indiferente como pretendía a las intrigas políticas de su tiempo, muy unido a la familia Alba-Huéscar a quien sirvió hasta de recadero, y gracias a la cual obtuvo no pocos privilegios” (Soubeyroux, 2002: 211). Y de este modo añade que el “anhelo de reconocimiento [de Torres] no podía limitarse a meras declaraciones respetuosas, sino que lo obligaban, quiera o no, a participar de las intrigas políticas que armaban sus protectores” (216).

Pero no se puede tildar de reaccionario a un individuo únicamente porque se codee con las altas esferas nobiliarias. Por ello hay que analizar también las opiniones que vierte Torres sobre su realidad y observar que

estas son, en gran medida, un reflejo de la ideología organicista feudalizante cuyos residuos todavía se posan en el inconsciente de nuestro autor. Resulta muy relevante, por ejemplo, la opinión sobre la ciencia, totalmente alejada del postulado ilustrado, que tiene nuestro Catedrático de Matemáticas. Torres reconoce en su *Vida* su creencia por la hechicería y los duendes cuando afirma que “las brujas, las hechiceras, los duendes, los espiritados, y sus relaciones, historias y chistes, me arrullan, me entretienen y me sacan al semblante una burlona risa, en vez de introducirme el miedo y el espanto” (Torres Villarroel, 1984: 105); pero aunque se burle de espíritus y maleficios no los niega absolutamente, dirá más adelante (106). Esta postura a-ilustrada de Torres nos conduce a pensar que nuestro autor “no pertenecía a esa vanguardia científica del reinado de Fernando VI” (Soubeyroux, 2002: 214) formada por Antonio de Ulloa y Jorge Juan y Santacilia entre otros.

Aunque, tal vez, el episodio que de forma más clara demuestra los prejuicios de don Diego contra el conocimiento científico sea el capítulo en el que narra su larga enfermedad, en el trozo V. Este pasaje, considerado por Fernández Cifuentes como una “enorme excrecencia” (Fernández Cifuentes, 1998: 157), reproduce de forma muy clara la ideología de la reacción organicista –aunque, como podrá verse, tampoco estará exenta de contradicciones. En este trozo, donde ofrece al lector una descripción detallada de su dilatada enfermedad, no desaprovecha la ocasión el autor para verter su opinión sobre la ciencia y la medicina. De entrada, Torres afirma que “como hombre sin elección, atolondrado de melancolías e ignorancias, me eché a lo peor, que fue a los doctores” (Torres Villarroel, 1984: 203). Pero, ¿por qué, en opinión de Torres, los médicos son considerados como “lo peor”? Para la ideología organicista la noción de *cambio* se asocia con la idea de corrupción<sup>6</sup>; y, ¿qué mayor cambio que intervenir, modificar u operar el transcurso natural de la vida? Para el organicismo, dar o quitar la vida sólo es tarea de Dios y la intervención de la medicina no supone sino una alteración de su voluntad. De hecho, el mismo Torres afirma de forma transparente que las esperanzas “sólo se deben poner en Dios, en la naturaleza” (204). La medicina se interpreta como un acto de rebelión de los hombres contra Dios, debido a que los hombres pretenden, con la medicina, igualarse a Dios en su capacidad de

---

<sup>6</sup> Se trata de una transposición, en lo social, de la epistemología escolástico-aristotélica que concibe el mundo dividido en dos partes: el mundo supralunar de las estrellas fijas, donde se halla el Primer Motor Inmóvil o el Dios cristiano (en cualquier caso, la perfección); y el imperfecto mundo sublunar de las estrellas en movimiento. El organicismo contempla la perfección en la relación con lo estático, a partir de nociones como la *forma sustancial* o el *lugar natural*; mientras que observa el cambio, la permeabilidad, como un signo de corrupción y sin embargo inevitable. La trasposición de esta epistemología en lo social legitima el orden organicista feudal basado en la quietud, en la inmovilidad de clase. Toda forma de cambio será contemplada, desde esta óptica, como signo de corrupción.

intervenir sobre la vida y la muerte<sup>7</sup>. Muy sintomático, al respecto, resulta, por lo tanto, que la medicina se asocia con la brujería y aun con asuntos del diablo. De este modo se citan “brujas, hechizos, amores y demonios”, de “exorcismos”, se dice que “me conjuraban y rebutían de brebajes” (205) y se habla de “bárbara persecución”, de “infierno”, de “diablos” (211), etc. Una visión de la medicina que, sin duda, remite al “Sueño de la muerte” de otro reaccionario organicista como fue don Francisco de Quevedo, donde se dice:

Sus tiendas son purgatorios y ellos los infiernos, los enfermos condenados y los médicos los diablos; y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás. (Quevedo 209)

Por otro lado, el prejuicio de Torres contra la medicina viene dado, asimismo, por la relación que guarda con el dinero. En efecto, dice Torres que a los médicos “no les pesa de nuestros males y sus dilataciones, porque ellos son su patrimonio y su ganancia” (Torres Villarroel, 1984: 206). Cosa parecía decía Berganza, en *El coloquio de los perros* cervantino:

BERGANZA.- Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la Universidad, los dos mil oían Medicina-  
 CIPIÓN.- Pues, ¿qué vienes a inferir deso?  
 BERGANZA.- Infierno, o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre. (Cervantes 301)

---

<sup>7</sup> En este sentido, resulta muy apropiado el acercamiento que ha realizado Rebecca Haidt en su ensayo *Embodying Enlightenment*, concretamente en su capítulo primero, sobre la noción de medicina que maneja Torres Villarroel en su escritura. Dice Haidt, en este sentido, que el rechazo de Torres a la medicina se debe a su creencia en una medicina astrológica que interpreta la enfermedad como consecuencia del movimiento de las estrellas, instando a su vez a médicos y pacientes a que atiendan al cielo para lograr el bienestar del cuerpo: “Torres's basic assumption in his approach to the body was that of "astrological medicine". Believing in the influence of celestial movements on the human body, he held that illness is a state of being as depend on the influence of the stars as is health; both patients and doctors must work toward wellness with a comprehension of the heavenly operations that impel their needs decisions (...). Because Torres perceived the body to be governed by the macrocosm, he promoted the idea that medical treatment of the body is subordinate to the divine design for human beings” (Haidt 52). Y concluye Haidt más adelante: “Torres identifies medical knowledge as an obstacle to patients' and doctors' recognition that the fallible body itself is a metaphor of the word's decline” (53-54)

Bien parece que los médicos, tal como aparecen retratados en estas palabras, deseaban el mal porque el mal es la fuente de donde emanan sus ingresos. Por ello, en vez de ser calificados los doctores con rasgos altruistas, que hacen el bien al asistir a los enfermos necesitados, aparecen como personas codiciosas, interesadas, que anhelan la enfermedad ajena para incrementar sus beneficios. De este modo, Torres, en otro lugar de su narración, dice: "Por no descaer de su ciencia y de su negocio, toman estos hombres el empeño de perseguir a los que cogen en las camas, hasta dar en tierra con sus cuerpos" (Torres Villarroel, 1984: 211). Y más adelante:

... porque el doctor recibe desde luego sus propinas sin cansancio, sin pasar por los sofiones y las burlas que le hacen las medicinas y las dolencias, sin oír los gritos, relaciones y argumentos de los postrados y los asistentes, y sin tener que buscar disculpas a sus desaciertos, sus ignorancias, inobediencias de las aplicaciones y rebeldías de los achaques. (212)

Torres arremete, en este episodio de su *Vida*, contra la lógica capitalista del beneficio. Resulta curioso, y aun contradictorio, su embiste contra la asociación profesión/dinero que ponen en funcionamiento los médicos, pues representa la misma lógica que –como se ha visto– ha reproducido él mismo al exhibir y vender su vida/*Vida*.

Pero más contradictorio es todavía, si cabe, lo que se va a mostrar a continuación. Luis Fernández Cifuentes, que ha analizado de forma sobresaliente este trozo de la *Vida* de Torres, sostiene que, en este pasaje, lo que se está poniendo en juego es la ideología de la salud, propia de ciertas premisas ilustradas que consisten, en palabras del profesor de Harvard, en lo que sigue:

... la *enfermedad* sería no solamente el fracaso de la vida, sino también el del resto de la vida, mientras que el éxito depende primordialmente de la *salud*. Una vez concluida la "dilatada enfermedad", Torres sabe que ha llegado el momento de ponerse a *escribir* sobre ello cuando reconoce la transparencia de la *salud* (...). La salud se encuentra directa, inmediatamente asociada al placer, incluso a la felicidad, del tipo que sea; y esas sensaciones constituyen el nuevo fundamento de la existencia para el hombre ilustrado. (Fernández Cifuentes 161)

Este episodio sirve, por lo tanto, si seguimos la hipótesis trazada por Fernández Cifuentes, para exhibir ante sus lectores el éxito de su vida simbolizado por la salud con la que llega a gozar al final del capítulo. El retrato de la enfermedad que en el capítulo se ofrece cumpliría la función de realzar el estado de buena salud con el que concluye Torres este trozo:

La enfermedad, entonces, se define no sólo por oposición a la salud sino igualmente por oposición al gozo, al placer, al deseo más personal y constitutivo de la vida (o de la *Vida*). Es decir, la identidad, el encuentro consigo mismo o, al menos, con la propia voluntad, es a la vez producto y productor de salud, mientras el abandono del camino propio sólo conduce a la enfermedad. En este sentido, la salud todavía tiene otra presencia importante en el relato autobiográfico: en la genealogía del autobiógrafo la salud ha sustituido a los créditos que antes (y mucho después) concedía la nobleza, los títulos profesionales y otras formas equivalentes de autorización o de herencia. Torres es extremadamente prolijo en las referencias a la salud y la longevidad de sus padres y sus antepasados. (162)

Por lo tanto, la descripción de su dilatada enfermedad le sirve a Torres para, en primer lugar, acentuar su buena salud con la que termina el episodio y, en segundo lugar, para enaltecer su genealogía desde una perspectiva nueva a la imperante herencia sanguínea. Es decir, Torres está reproduciendo y legitimando, como había hecho antes, la infraestructura social burguesa frente al anquilosado sistema de categorización feudal. No obstante, para extraer una visión completa del Catedrático de Matemáticas, no debemos desatender las contradicciones latentes en este trozo y dejar de observar que, a su vez, reproduce una concepción del mundo que es propia del organicismo feudal.

Lo mismo sucede, en otras páginas de la *Vida*, con la forma de describir su cuerpo. Fernández Cifuentes subraya la “configuración ilustrada del cuerpo” (162) que aparece en Torres Villarroel como una configuración distinta a la que imponía el organicismo feudal, modificando de raíz la relación exterior/interior. Si en el feudalismo, la posición social del individuo estaba determinada por lo exterior (el cuerpo, la sangre, etc.), en la nueva sociedad burguesa el interior constituye el categorizador social que ha de hacer frente a la jerarquía feudal por medio de distintas formalizaciones, que van desde el animismo renacentista a la ideología de la razón ilustrada. Por ello Torres, al describir el interior del cuerpo, afirma que, por dentro, todos los hombres son iguales: “Tengo, como todos los hijos de Adán, hígado, bazo, corazón, tripas, hipocondrios, mesenterio y toda la caterva de rincones y escondrijos que asegura y demuestra la docta Anatomía” (Torres Villarroel, 1984: 100). La alusión a Adán, como vemos, aparece de nuevo como una forma de legitimar la igualdad esencial de todos los hombres, frente a la ideología del organicismo que divide a los hombres desde su nacimiento mismo. Por su parte, el exterior del cuerpo adquiere una significación nueva, al señalar Torres que la piel, que funciona como símbolo de buena o mala salud, dice más del individuo que su propia sangre, pues en la piel –sea esta limpia o bubosa– se escribe la vida. La limpieza de sangre ha sido, por lo tanto, sustituida por la limpieza de la piel. No obstante, no hay que perder de vista –y tal vez aquí se detecte una nueva contradicción– que lo exterior a veces sigue funcionando en Torres

según la lógica del organicismo feudal, esto es, como categorizador de clase. Así parece decirlo Torres al describirse físicamente:

Yo tengo dos varas y siete dedos de persona; los miembros que la abultan y componen tienen una simetría sin reprehensión; la piel del rostro está llena, aunque ya me van asomando hacia los lagrimales de los ojos algunas patas de gallo; no hay en él colorido enfadoso, pecas ni otros manchones desmayados. El cabello (a pesar de mis cuarenta y seis años) todavía es rubio; alguna cana suele salir a acusarme lo viejo, pero yo las procuro echar fuera. Los ojos azules, pequeños y retirados hacia el colodrillo. Las cejas y la barba, bien rebutidas de un pelambre alazán, algo más pajizo que el bermejo de la cabeza. *La nariz es el solecismo más reprehensible que tengo en mi rostro, porque es muy caudalosa y abierta de faldones: remata sobre la mandíbula superior en figura de coraza, apagabumos de iglesia, rabadilla de pavo o cubilete de titiritero; pero, gracias a Dios, no tiene trompicones ni caballete, ni otras señales farisaicas.* Los labios, frescos, sin humedad exterior, partidos sin miseria y rasgados con rectitud. Los dientes, cabales, bien cultivados, estrechamente unidos y libres del sarro, el escorbuto y otros asquerosos pegotes. El pie, la pierna y la mano son correspondientes a la magnitud de mi cuerpo; éste se va torciendo hacia la tierra, y ha empezado a descubrir un semicírculo a los costillares, que los maldicientes llevan corcova. Soy, todo, junto, un hombrón alto, picante en seco, blanco, rubio, con más catadura de alemán que de castellano o extremeño. Para los bien hablados, soy bien parecido; pero los marcadores de estaturas dicen que soy largo con demasía, algo tartamudo de movimientos y un sí es no es derrengado de portante. Mirado a distancia, parezco melancólico de fisonomía, aturdido de facciones y triste de guiñaduras. (98-99. La cursiva es nuestra)

La cita es larga, pero ha sido oportuno reproducirla íntegramente para no perder detalle de su estructura. Guy Mercadier, quien ha analizado con buen tino este autorretrato de Torres, destaca que “en primerísimo plano, en medio de la cara y del texto, culmina el macizo de la nariz, cuya descripción —¿o invención? — no ocupa menos de seis líneas, o sea casi la tercera parte de lo que corresponde al rostro” (Mercadier, 1998: 199). Aunque Mercadier no lo explicita a continuación y señale únicamente que se trata de “una ampliación caricaturesca forzosamente significativa” (199), resulta obligado apuntar que la descripción del cuerpo reproduce la función organicista al estar destinada a subrayar precisamente su limpieza de sangre. Pues la presencia de tantas líneas dedicadas a la nariz, en una posición central y privilegiada del texto, es significativa, porque no van sino encaminadas a transmitir al lector que su enorme nariz no pueda ser interpretada como un rasgo semítico.

La ideología del cuerpo y de la salud, que emergen del proyecto de la burguesía ilustrada, se reproduce en el texto de Diego de Torres Villarroel, pero sin llegar a desplazar del todo los residuos de una ideología organicista todavía latente en la sociedad de su época. Ambos modos de producción

van a coexistir durante gran parte del siglo XVIII español y sus contradicciones van a determinar la lógica interna de su literatura. Torres no sólo no es una excepción sino que es su máximo representante, pues en su vida y en su obra se concentran, de forma transparente y aun acentuada, la contradicción entre los residuos feudalizantes del organicismo y los elementos emergentes de la nueva sociedad capitalista. Que este escritor burgués o profesional haya tenido la invención de venderse la vida no excluye que, a su vez, sea, en lo político, un reaccionario cuya meta en la vida no es otra que ser reconocido y aceptado por las altas esferas de la nobleza española. Sus silencios, sus omisiones, sus tergiversaciones, como hemos visto, pretenden, por un lado, proteger su vida en tanto que la vida se interpreta como propiedad y beneficio, pero, por otro, Torres pretende mostrar su decoro y elegancia para agradar a la clase nobiliaria que ocupa la superestructura feudalizante, con la intención de ser asumido en sus círculos aristocráticos. Una contradicción que, como hemos visto, funciona como clave constitutiva de su *Vida/vida*.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Piñal, Francisco. *Introducción al siglo XVIII*. Barcelona: Júcar, 1991.
- Becerra Mayor, David. "El inconsciente ideológico de don Quijote y la locura necesaria." *Revista de Crítica Literaria Marxista* 2 (2009): 7-32.
- . "Palabra, sangre, mudanza: *La pícaro Justina*." *República de las Letras* 122 (2011): 49-62.
- Cervantes, Miguel de. *El coloquio de los perros*. En *Novelas ejemplares*. 2 vols. Ed. Harry Sieber. Madrid: Cátedra, 2003. II: 297-359.
- Eagleton, Terry. *La función de la crítica*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Fernández Cifuentes, Luis. "Enfermedad y autobiografía: sobre la experiencia de la individualidad." En *Revisión de Torres Villarroel*. Eds. Manuel María Pérez López y Emilio Martínez Mata. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1998. 155-171.
- Fromm, Erich. *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Haidt, Rebecca. *Embodying Enlightenment. Knowing the Body in Eighteenth-Century Spanish Literature and Culture*. New York: Macmillan Press, 1998.
- Marichal, Juan. "Torres Villarroel: autobiografía burguesa al hispánico modo." *Papeles de Son Armadans* 36 (1965): 297-306.

- Marx, Karl. "La acumulación primitiva." *El capital*, I. Madrid: Edaf, 1972. 753-825.
- Mercadier, Guy. *Diego de Torres Villarroel. Máscaras y espejos*. Salamanca: Fundación Salamanca Ciudad de la Cultura, 2009.
- \_\_\_\_\_. "Introducción." En Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento crianza y aventuras*. Madrid: Castalia, 1984. 9-41.
- \_\_\_\_\_. "Paseo por una galería de autorretratos." En Manuel María Pérez López y Emilio Martínez Mata, eds. Salamanca: U de Salamanca, 1998. 193-206.
- O'Byrne, Margarita. "Entre el deber y el placer: la función del libro en Cadalso y Torres." *Dieciocho. Hispanic Enlightenment* 20.1 (1997): 25-41.
- Pérez López, Manuel María. "De la picaresca al *bildungsroman*: la *Vida* de Torres Villarroel." En *Palabras, norma, discurso. En memoria de Fernando Lázaro Carreter*. Luis Santos Río et al., eds. Salamanca: U de Salamanca, 2005. 907-914.
- \_\_\_\_ y Emilio Martínez Mata, eds. *Revisión de Torres Villarroel*. Universidad de Salamanca. 1998.
- Quevedo, Francisco de. "Sueño de la muerte." En *Sueños*. Ignacio Arellano y M<sup>a</sup> Carmen Pinillos, eds. Madrid: Austral, 1998. 203-262.
- Rodríguez, Juan Carlos. *La literatura del pobre*. Granada: Comares. 2001.
- \_\_\_\_\_. *Teoría e historia de la producción ideológica. Las primeras literaturas burguesas*. Madrid: Akal. 1990.
- Rodríguez Puértolas, Julio, et. al. *Historia social de la literatura española (en castellano)*, I. Madrid: Akal, 2000.
- Sebold, Russell P. "Novela y autobiografía en la *Vida* de Torres Villarroel." En Pérez López y Martínez Mata, eds. 105-140.
- Soubeyroux, Jacques. "Torres Villarroel entre Salamanca y Madrid: acerca de las relaciones de don Diego de Torres con la Corte." En *Ministros de Fernando VI*. José M. Delgado Barrado y José L. Gómez Urdáñez, coords. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2002. 203-216.
- Suárez Galbán, Eugenio. *La vida de Torres Villarroel: literatura antipicaresca, autobiografía burguesa*. Chapel Hill, NC: U of North Carolina, 1975.



- Torres Villarroel, Diego de. *Juicio nacido en casa de la locura*. En *Diego de Torres Villarroel. Máscaras y espejos*. Guy Mercadier, ed. Salamanca: Ediciones de la Fundación Salamanca Ciudad de la Cultura, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Sacudimiento de mentecatos habidos y por haber*. En *Diego de Torres Villarroel. Máscaras y espejos*. Guy Mercadier, ed. Salamanca: Ediciones de la Fundación Salamanca Ciudad de la Cultura, 2009.
- \_\_\_\_\_. *Vida, ascendencia, nacimiento crianza y aventuras*. Guy Mercadier, ed. Madrid: Castalia, 1984.
- \_\_\_\_\_. *Visiones y visitas de Torres a con don Francisco de Quevedo por la Corte*. En *Diego de Torres Villarroel. Máscaras y espejos*. Guy Mercadier, ed. Salamanca: Ediciones de la Fundación Salamanca Ciudad de la Cultura, 2009.
- Vilar, Pierre. *Historia de España*. París: Libraire Espagnole. 1974.
- \_\_\_\_\_. “La transición del feudalismo al capitalismo.” En: VVAA, *El feudalismo*. Madrid: Ayuso, 1963. 53-69.
- Zavala, Iris M. “Utopía y astrología en la literatura popular del setecientos: los almanaques de Torres Villarroel.” *Nueva Revista de Filología Hispánica* XXXIII. 1 (1984): 196-212.
- Zola, Émile. “El dinero en la literatura.” En *El naturalismo*. Laureano Bonet, ed. Barcelona: Península, 1989. 147-180.

